

BLANCA VIDAL COVARRUBIAS

• • • •

VIVIR DOS VIDAS



Son las once de la mañana. Yo no dejo de mirar detrás de los cristales de mi ventana, veo cómo camareros y servidumbre van de un lado para otro del jardín, organizando todo para el gran evento.

Dentro de la casa también están ultimando los preparativos para la gran boda.

Hoy el día ha salido claro y soleado. Eso les ayuda a realizar con más entusiasmo su tarea.

El jardín se ha distribuido en tres grandes espacios. En el primero han dispuesto una gran carpa con mesas y sillas que dará cabida a los comensales para la cena; en el segundo una gran pista de baile para los invitados, es allí donde los novios harán su entrada, cuando suenen las primeras notas del vals. Y en el centro del jardín una gran alfombra roja; a los lados, sillas para los invitados, y en el centro un gran arco de forja recubierto de flores que da entrada a una mesa cubierta por un mantel de encaje donde depositar todo lo necesario para que el sacerdote pueda officiar la ceremonia.

Todo tiene que quedar dispuesto para las ocho de la tarde. Esa es la hora en que dará comienzo la ceremonia para mi boda. Siento un ligero nerviosismo. Hoy que tenía que sentirme feliz, pero no lo estoy. Esta boda la han dispuesto nuestros padres. Ellos lo han organizado todo. No han contado con nuestra aprobación, parece no importarles nuestros deseos o sentimientos.

Esta boda solo les beneficia a ellos. Porque solo ellos serán los realmente felices con este desafortunado evento.

No tengo valor para dar marcha atrás. Ellos, en su momento, lo concertaron así. Pero no es lo que yo quiero.

Tengo veintidós años, y veo que mi vida se desliza por una pendiente. Si no lo remedio, esa caída puede truncar mi vida.

Samuel no está enamorado de mí, como yo no lo estoy de él. Sé que entre él y mi hermano existe más afinidad y cariño que el que pueda sentir por mí.

Yo soy su salvación aceptando esta boda. Quizás eso no le deje ver más allá. Yo sé que con esta boda favorece los intereses para ambas familias.

Ya desde niños todo estaba planificado. Se nos permitía estudiar juntos, salir con el mismo grupo de amigos, pasar las vacaciones con las familias; por eso nuestros padres saben que yo soy el mejor complemento para su hijo.

Con nuestra boda quiere ocultar lo que muchos ya conocen. Yo a Samuel solo le puedo querer como a un buen amigo, ya que mis sentimientos por él no llegan a más. Yo no me engaño. Sé que no estoy enamorada de Samuel; yo no quiero esta boda, pero ¿cómo pararla?

Sé que a ellos sí les interesa nuestra boda, y quieren hacerme creer que es lo mejor también para nosotros. Solo hay una persona que puede impedir que esta boda llegue a celebrarse. Esa persona es Katia, es la única que me anima a romper con todos y con todo.

No recuerdo haber oído a nadie de mi familia incluirla en nuestro ámbito familiar. Siempre se han dirigido a ella como «Katia». Una persona muy respetada por todos. Inclusive por mis propios padres.

Katia es una señora muy buena y un poco mayor. Ya desde muy niña siempre se preocupaba por mí. Ella es una gran amiga de mis padres. Una amistad de muchos años.

Cuando yo era niña siempre revoloteaba a su alrededor. Muchas veces sentí la sensación de que ella tenía más derechos sobre mí que mis propios padres.

Nunca vi a mis padres negarle nada de lo que ella decidiese sobre mí.

A veces he pensado qué poder tiene Katia sobre mí o sobre mis padres. Qué se oculta detrás de todo esto. Por qué Katia no acepta esta boda. Hoy ha sido muy autoritaria y dura conmigo. Me ha pedido que lo mande todo a paseo. Es la primera vez que veo a Katia enojada con ella misma y con mis padres.

¿Pero qué razones la impulsan a tener este comportamiento, nada habitual en ella? Siempre se ha mostrado cariñosa y amable con todos nosotros.

Hoy presiento que su intención es sabotear mi boda, y no sé qué la motiva para tal acción. Ella desconfía seriamente de Samuel y de nuestros padres; pero yo desconozco sus razones. Yo he visto a Samuel en situaciones un tanto comprometidas, más con amigos que con amigas, pero nunca me he parado a juzgarle por sus inclinaciones.

Yo no sé afrontar sola esta situación. Nuestros padres concertaron esta boda, nunca me preguntaron si era lo que yo quería. Katia sabe que esta boda acabará mal. Ella conoce las tendencias afeminadas de Samuel. Y esto, más pronto que tarde, nos llevará a deshacer el matrimonio. Aunque sus padres y los míos pongan todo su empeño en ocultarlo.

Katia me dice que los favores siempre se terminan pagando, pero yo no sé de qué favores me está hablando. Está muy sobresaltada. Nunca la he visto tan irritada y desconcertada.

Algo me dice que esta boda no va a salir bien.

Cuando ha salido de la habitación, Katia ha cerrado la puerta dando un gran portazo, e iba refunfuñando y maldiciendo. Después de un ratito ha vuelto a llamar a la puerta. Ha entrado y me ha pedido disculpas. Mientras me abrazaba, me seguía pidiendo perdón. De pronto ha roto a llorar, y entre lágrimas me decía:

—Tranquilízate, que todo se arreglará.

Yo sigo preguntándome: «¿Por qué es Katia la que está conmigo? Si es a mi madre a quien realmente la corresponde acompañarme en estos momentos. ¿Qué derechos le han otorgado mis padres? ¿Por qué están dispuestos a celebrar esta boda? «¿Qué beneficio obtendrán con este desenlace? ¿Quién o quiénes están moviendo los hilos para que esta boda se celebre?».

Ya se va acercando la hora del evento, y yo cada vez estoy más nerviosa e insegura.

Vuelvo a mirar por la ventana, y veo todo tan bonito que por un momento mi mente se paraliza y no puedo pensar, me siento como flotando entre nubes. ¡No siento nada! Pero unos pequeños golpes en la puerta me devolvieron a la realidad. Ya se acercaba la hora de la ceremonia y alguien del servicio me indicaba que ya debería ir bajando.

Por un momento hice un repaso a mi vida. Pensaba en mi niñez. En ese gran acontecimiento que fue para mis padres el nacimiento de mi hermano Juan.

La gran alegría que les produjo su llegada, especialmente a mi padre. Siempre fue su favorito. Nunca tuvo conmigo las mismas atenciones que tenía con él. Siempre pensé que el haber nacido chico le favorecía. Yo tenía seis añitos cuando nació Juan.

Recuerdo acercarme a su cuna con sumo cuidado para no despertarle. Mi padre era muy estricto en cuanto a sus cuidados y atenciones. Yo siempre me sentí un poco marginada. Aunque sentía que mi madre sí repartía el cariño a partes iguales, cosa que nunca vi en mi padre. Ya había cumplido unos diez años cuando descubrí que él no era mi padre biológico. Juan y yo no teníamos los mismos apellidos.

Pero nunca me faltaban las caricias y el cariño de Katia. Venía muchas veces a sacarme a pasear por el jardín, me daba la merienda, me compraba ropa, juguetes, libros de cuentos.

Mi madre siempre lo aceptaba de buen grado, cosa que siempre parecía fastidiarle a mi padre. Aunque también Juan recibía atenciones y juguetes de Katia. Según iba creciendo me daba cuenta de ciertos detalles. Nunca vi muy amable a mi padre con Katia, se le notaba que su presencia no le agradaba. Seguro que habría alguna razón que yo ignoraba.

Muchas veces la pregunte a mi madre:

—¿Quién es Katia?

Siempre me contestaba:

—Katia es una gran amiga de la familia. Cuando tú eras muy pequeñita siempre le gustaba estar contigo y cuidar de ti. Te cogió mucho cariño. Ella no tuvo hijas, por eso vuelca todo su cariño en ti.

Yo siempre les hacía muchas preguntas a las dos, pero ellas siempre evadían las respuestas.

Según me iba haciendo mayor, más interés tenía en saber cosas de Katia.

Cuando yo tenía unos doce años, recuerdo que una tarde pasando por la puerta del despacho oí como mi padre le decía a mi madre:

—Si tanto la quiere, que se la lleve con ella.

En ese momento oí cómo mi madre rompió a llorar. Yo no sabía qué significado tenían esas palabras.

Algunas veces me he preguntado a quién se tenían que llevar. Muchas veces la preguntaba cosas a Katia. ¿De dónde venía? ¿Dónde estaba su casa? Ella me respondía que venía de muy lejos. Que vivía en un castillo. Yo la preguntaba:

—¿Tiene torres y fantasmas tu castillo?

Ella me contestaba:

—No tiene torres, pero sí un fantasma que es muy bueno y me hace mucha compañía. Algún día te vendrás conmigo y le conocerás. Estoy segura de que os haréis muy buenos amigos.

Yo la preguntaba:

—¿De verdad que voy a poder conocer a ese fantasma amigo tuyo?

Katia me respondía:

—Estoy segura de que algún día le conocerás. Y estoy segura de que le vas a querer tanto como yo.

Oí dos golpes en la puerta que me devolvieron a la realidad. Las dos damas de honor me estaban esperando en la puerta que da al jardín, para hacer la entrada cogida al brazo de mi padre.

Cogida de su brazo recorrimos el pequeño pasillo que nos llevaba hasta el altar.

Samuel estaba allí de pie esperándome. Yo avanzaba con miedo, sentía como si alguien tirase detrás de mí y no me dejase avanzar. Yo seguía andando lentamente a la vez que miraba a ambos lados del pasillo. Los invitados se volvían a mirarme.

Cuando llegué al altar mi padre me dejó junto a Samuel. Yo estaba entre asustada y aturdida.

Fue en ese momento cuando Samuel me cogió las manos, y dándome un beso en la frente me dijo:

—Esto es una farsa urdida por nuestros padres. Tú y yo sabemos que esto no puede ser real. No podemos sacrificar nuestras vidas en beneficio de nuestros padres. Esta boda la tenemos que parar ahora y aquí.

Yo le miraba horrorizada, no entendía nada. De pronto me espetó:

—Katia ha estado hablando un rato largo conmigo. Me ha abierto los ojos y me ha hecho ver mi realidad. Ahora he comprendido que tiene razón, que debo empezar ahora mismo a aceptarme tal y como soy y dejar que los demás también lo hagan. Me ha dicho que no tenga miedo. Que debo tener valor para enfrentarme a

mis padres. También me ha dicho: «Si pones los deseos de tus padres por delante de los tuyos acabarás sufriendo mucho, debes asumir tus propias responsabilidades. No hagas lo que tus padres quieran, tienes que empezar hacer lo que quieras tú».

>>Hoy he comprendido que no se pueden forzar las cosas. Hoy por fin me siento liberado y feliz. Solo tengo que dar las gracias a Katia por mostrarme mi verdadero yo, y también el camino por el que tengo que empezar a dar mis nuevos pasos. Pero seguiremos siendo buenos amigos. Aquí no se acaba todo.

En ese mismo instante Samuel y yo nos fundimos en un fuerte abrazo, diciéndome al oído:

—Siempre que me necesites puedes contar conmigo. De ahora en adelante cada uno de nosotros seguirá su propio camino.

Samuel les pidió perdón en el nombre de los dos a nuestros padres e invitados. Después, cogidos de la mano, salimos airoso por el pasillo. Mientras salíamos los invitados nos miraban con cara de asombro, al igual que nuestros padres.

Mi hermano Juan me sonreía, creo que en ese momento él también se sintió aliviado y feliz. Ahora comprendo la gran amistad de Samuel y Juan. A Juan ahora se le abren nuevas puertas, espero que las pueda traspasar sin que nadie transfiera en su nuevo rumbo.

Mis padres estaban tan sorprendidos por lo que estaba aconteciendo en esos momentos, no tuvieron valor de reaccionar: se quedaron tan petrificados que no se movieron. En ese momento Katia, cogiendo mi mano y tirando de mí, me acompañó hasta su coche.

El chófer ya estaba esperándome, con la puerta abierta. Katia me ayudó a recogerme el vestido y sentarme en el asiento de detrás. Le dio unas indicaciones al chófer y partimos. Yo no sabía en ese momento por qué me tenía que ir, ni a dónde me llevaban. El chófer solo me preguntó:

—¿Se encuentra bien?

Yo le respondí:

—Sí. Pero quiero saber a dónde me lleva.

Se quedó en silencio y no obtuve respuesta.

El trayecto fue muy corto. Apenas duró media hora. Eso creo que fue lo que yo pude calcular. El chófer se desvió de la carretera principal y cogió un nuevo atajo lleno árboles que parecían ocultar el camino.

Al terminar el camino, se paró delante de una gran verja y entramos en una nueva carretera rodeada de jardines que daba entrada a una gran mansión, lo más parecido a un palacio.

Llegamos hasta la puerta principal. En ese momento se abrió y apareció un señor, que se acercó para abrirme la puerta del coche. Yo le miraba cómo me ayudaba a bajar. Muy amablemente recogió la cola del vestido nupcial y entramos en la casa. El hall era inmenso, su suelo era de mármol de color blanco y negro, haciendo unos grandes círculos que terminaban en un pequeño círculo central.

Todo era grande y majestuoso. Había unas escaleras también en mármol que daban acceso al primer piso. En el resto del hall, había más puertas. Pero había una distinta a las demás, era muy particular.

Me quedé fijamente mirando porque en ese momento se abrió y vi que era un ascensor, no bajaba ni subía nadie. Me sorprendió ver un ascensor ya que la casa no parecía tener más de tres pisos. En ese momento pensé que quizás alguien necesitaría de él. La sirvienta me indico una de las puertas.

—Puede pasar al salón mientras espera a la señora Katia.

Me quede atónita. «¿Katia vive aquí?». Yo no salía de mi asombro. ¿Qué podía estar pasando? «¿Por qué me traen a esta casa? ¿Qué papel hacemos Katia y yo en todo esto? Muchas veces he preguntado a mi madre por Katia y siempre me decía que era una